
II

—¿Está la señorita Luisa?

—No, señor, no ha venido todavía.

Tome usted la llave.

Cogió la llave D. Benigno de manos de la respetable señora misia Eustaquia García y Gavilán, llamada en el barrio la Gavilana, por reprobable espíritu de burla... Cogió, digo, la llave, dió las buenas noches, cruzó el patinillo, subió la escalerita del fondo y entró en la primera de las dos habitaciones, que en aquella modesta casa de la calle de Entre Ríos, nombre que le recordaba el de su bella y amada Verónica, alquilaba á misia Eustaquia mediante el exorbitante precio de cincuenta pesos men-

suales. Luego, arrojó el sombrero, el rollo y la Gramática donde pudo, que la oscuridad no consentía elegir sitio apropiado, y así unos objetos cayeron con estrépito sobre las losas y otros en silencio sobre blanda superficie; encendió el quinqué y se sentó en el sillón de gutapercha frente al retrato de su mujer, que dominaba el sofá, dentro de su marco negro.

Era esta habitación comedor y sala á un tiempo: tenía mesa de centro, bastante grande, y chinero con vajilla y cristalería á la vista; media sillería, reloj de cuco, y en un rincón una librería atestada de volúmenes, encima de la cual se ofrecía á la admiración del visitante una fotografía de Ruiz Zorrilla, tamaño mayor, que era don Benigno republicano. La otra habitación, con la que comunicaba por un hueco cubierto de recogida cortina de yute amarillo, era la alcoba, dividida en dos por ancho y pudoroso biombo... No disponían de más comodidades el burgalés y su hija, y gracias que la Gavilana, digo, misia Eus-

taquia, dando pruebas de sus buenos sentimientos de mujer de ley, como se preciaba de serlo, les prestaba su cocina y cuanto habían menester en casos apurados, gentileza que ellos pagaban con lecciones gratuitas á un sobrino de la patrona, más malo que el hambre y tan rudo, que más fácilmente le entraba un clavo en la mollera que una idea. Por lo demás, comían de fonda, muy abundantemente, eso sí, capítulo que les absorbía otros cincuenta pesos. Y vayan ustedes sumando. Situación poco holgada, indigna de un paisano del Cid; pero sobrellevada con una valentía, con una confianza, con una fe que nada era capaz á debilitar; como que la compartía, en igual peso é igual responsabilidad, con aquella perla que le dejara Verónica al morir, con aquella Luisa de sus ojos, preciada joya argentina, que si portecía no fuese, merecía ser castellana.

Sí. La mitad, poco más, poco menos, de cuanto entraba en la casa, lo aportaban las manos laboriosas de Luisita. Era maestra

normal con diploma, y en el variado ramo de su saber que, á decir del propio padre, calzaba más puntos que el suyo, tenía muchos discípulos, varones y hembras, hasta adultos, y lo mismo en letras que en ciencias, música, pintura ó labores, su cátedra ambulante lograba fama muy lisonjera, y ocupábala tan bien el tiempo, que la pobrecilla, del alba al anochecer andaba trota que trota, y no comía con sosiego, ni descansaba, acostándose á las tantas por preparar sus lecciones ó terminar un bordado. Porque ocurría que en el verano, el éxodo elegante la quitaba mucha parroquia, y había que rellenar el déficit del paro forzoso con la aguja, que da tan poco de sí; pero, ella la hacía dar todo lo necesario, de modo que la parte que la tocaba traer al granero, la traía, fuera invierno ó el ardiente estío, con industria maravillosa. Adorable hormiguita, vivaracha, feuchá, picada por la horrible viruela la cara, muy prendida siempre de negro, parecía hermosa al que la hablaba, ante el desbor-

de de luz, de inteligencia y de bondad, efluvios del alma, de sus grandes ojos.

—Es—decía dogmáticamente Landín— un espíritu equilibrado por arte tal, que no se escurre una línea más acá de la materia, ni más allá de la imaginación: asentado con firmeza en el justo medio, no le asustan las miserias de la realidad ni le marean los delirios de la fantasía. Así recorre tan guapamente la cuerda de la vida, tendida sobre el abismo, manejando el balancín con sabia práctica, reflexiva y serena. Toda la hermosura del mundo la lleva dentro, valiosa joya en humilde estuche... A veces, pienso que carece de sexo. Los ángeles no lo tienen...

El cuco alargó el piquín, y dió nueve toques. Se sintió crujir la escalerilla... Era el chico de la fonda.

—Mira, deja todo ahí—indicó D. Benigno,—que no estoy de humor de repasar la lista. Cualquier cosa que traigas me parecerá buena, siempre que venga caliente.

—Abrasando viene—contestó con desenvoltura el rapaz.

Dejó sobre la mesa el porta-viandas, la pila de blancas cacerolas despidiendo apetitosos aromas y rojiza lumbre del brasero de su base, y salió de estampía con un ¡buenas noches! entre los dientes. En la escalera tropezó con la señorita Luisa, que subía ligeramente, con agilidad propia de su genio.

Y se oyó la voz de la hormiguita:

—¡Hola! ¿estás tú aquí? Como que ya son las nueve... Pasa, muchacho, pasa... ¿Se ha alarmado usted, padre, de mi tardanza?

—¿Alarmarme yo? No, hija mía—contestó Landín, volviéndose alegre hacia ella como el girasol al astro que le enamora. —Yo no me alarmo cuando mi hormiguita anda en sus quehaceres, porque sé que va por su camino muy derecha, y por discreta nada puede ocurrirla.

—Puede aplastarme un carro, padre—saltó riendo la joven;—esa es la suerte de las hormigas: morir aplastadas.

—¡Jesús! No lo digas dos veces, que ya te veo debajo de la rueda mortífera.

—¡Quite usted allá, receloso! Iba yo á dejarme aplastar... A mí nadie me quiere por fea, ni las ruedas de los carros. Nadie más que este vejete picarón, mimosín...

Lo abrazó cariñosamente, y mientras dejábase sobar enajenado, murmuraba don Benigno:

—¡Fea! ¡fea! ¿Quién te lo ha dicho? ¿el espejo? Pues miente el espejo y cuantos follones lo digan y repitan, que aquí estoy yo dispuesto á sostenerlo á pie ó á caballo...

—Bueno, más tarde nos ocuparemos en tan formidable duelo y discutiremos los detalles, que serán, por supuesto, espeluznantes. Ahora, á comer... Entretanto, le contaré á usted por qué he tardado. Y va de cuento.

Luego de doblar el velillo negro, abrió el chinero y sacó la mantelería, con la que vistió de blanco á la mesa; colocó platos, cubiertos y copas, y puso en el centro, pre-

sidiendo la asamblea, una botella de cristal, cuya redonda panza enrojecía buena cantidad de vino; arrimó los sitiales; destapó la primera vasija...

—Cuando usted quiera, padre.

Mientras hacía todo esto, hablaba, hablaba... Pues, la lección de las siete hubo de darla á las siete y media, hora en que volvieron de paseo los chiquillos de Barbado. ¡Ay qué poco estudian los tales nenes! Ninguno de los cuatro sale á su padre, que, dicen, era un portento de precocidad y de aplicación. Estos, ricos y seguros del porvenir, holgazanean á su antojo, como que no se saca de ellos partido. Y ¡claro!, la única manera de que los cuatro zoquetes aprendan algo, es dar y machacar y volver á machacar y á dar sobre las cuatro chollas, lo mismo que con el *Gavilancín* de la casa; y cuidado que aquéllos no entienden por duros, sino por distraídos y perezosos. Total, que salió poco más de las ocho y media. Antes, sí, sí, antes, por burlesca indicación del mayor de Hierro, el

más inteligente de sus discípulos, estuvo en la librería, que le cogía al paso, á fin de encargarse de la nueva obra de Jorge Cadenas, *Horas glaucas*, segura de encontrar en ella excelente cosecha de disparates filológicos con que acrecentar el caudal, ya copioso, de los *Granos y gorgojos*... Y á la vuelta, naturalmente, estación en la librería, media horita más. ¡Ah! Pero el día había sido completo, porque además de recoger muchas palabras y modismos, de los que luego harían donoso escrutinio, la había salido un alumno más, la hija pequeña del doctor Hierro, y el bordado de una casulla, que le valdría un dineral. Entraba Octubre, y las primeras caricias del sol anunciaban la desbandada de Diciembre. Había que precaverse con tiempo. Malhaya para la rueda del carro, ¡si llega á aplastarla cargada con tanto grano!

Se habían sentado los dos, y comían en santa paz y con mucho apetito: primero, la sopa de hierbas, de cálidas bocanadas y ojos de oro; luego, el sábalo frito, magnífi-

cas postas con rebozo de huevo; el principio de picadillo y un pollo, asado.

D. Benigno mascullaba:

—Yo también, yo también...

Él también había traído su granito, y no de anís; el hermano de Fiorelli, don Hugo, vendría á tomar lección de castellano todas las noches. ¿Qué tal? Buen discípulo y buena paga. Habíase convenido en que la enseñanza fuera en su casa, porque D. Paolo decía que en la fábrica las mujeres no le dejarían estudiar con el sosiego debido. ¡Y con qué gesto y recalcar amargo dijo D. Paolo eso de *las mujeres!*

—Sin duda, al pobre señor no saben hacerle feliz—apuntó Luisa, compasiva.

—Pero, sí sacarle el dinero, y así le tienen. A mí se me figura el D. Paolo robusta encina, á la que ciñe, aprieta y seca la parásita hiedra. ¡Viérasle de alicaído y preocupado! Ha perdido hasta el uso de la palabra, y es que no le quedan ya fuerzas con el familión ése que le come las entrañas.

—¿Y qué otra cosa ha traído usted, padre?—preguntó la muchacha.

—También muchas palabras. Mira, de una sola conversación de Pelitos y Matías, he pescado diez y ocho, ó sea diez y ocho disparates, cada uno del tamaño de la fábrica. Ellos, soltándolos tan campantes, y yo con mi librito y el lápiz, apunta y apunta. Trapero soy del lenguaje, y á mi espuerta echo cuanto encuentro en los suelos y arrojó la ignorancia; trabajo higiénico, necesario, que algún día me agradecerán los hijos de esta tierra. Mira tú, que diez y ocho barbaridades en poco más de media hora!

—No es tanto—dijo Luisita riendo;— que yo le traje á usted veinte el jueves, y no de gente baja, sino de dos señoronas. Y usted mismo, ¿cuántas recogió el día que fué al Congreso? Treinta y cuatro.

—Luego haremos el balance del día y examinaremos esas *Horas glaucas*, que por ser de Cadenas, y con bombito de *El Cotidiano*, tendrán mucho que ver y que reir.

Habían dado fin al pollo, y la emprendieron con la mermelada y el queso, con los mismos arrestos D. Benigno, á pesar de faltarle dos muelas de arriba y cuatro de abajo, amén de los colmillos superiores. Presentó Luisa luego en un plato las celebradas *Teclas*, que en la casa no estaba bien que faltaran, y contemplando el retrato de la cubierta, resucitó el tema anterior.

—La verdad, padre, que tiene un mirar... Como bonita, lo es; pero, ese mirar... Aquí no hay lealtad. Si parece bizeca, porque mira con el alma torcida.

—¡Pobre D. Paolo!—suspiró D. Benigno, hincando en la galleta los dientes con la gana que, en su extraña é infundada antipatía, lo hubiera hecho con la Tecla de carne.

Concluído el banquete, hizo Luisa desaparecer cuanto había sobre la mesa; abrió el balcón para que los azahares del patio perfumaran á sus anchas el cuarto, y requirió libro y papeles, diciendo al padre:

—A prender estos ladrones, padre, antes que se nos escapen.

Y dieron comienzo á la caza de gazapos, lápiz en ristre. Luisa leía, D. Benigno sentenciaba, y en la casilla alfabética correspondiente encarcelaba al reo para enseñanza, vergüenza y ejemplo de Hispano-América. Fácil me sería y hasta grato, citar algunos nombres de los tristes galeotes y docenas de ellos, útil y risueño pasatiempo; pero, sobre no estar autorizado por el laborioso autor de tan magna obra, causaría perjuicio sin duda el desflorar su originalidad, y tampoco daría muestra acabada de su importancia, así como un trozo de chapitel no expresa solo la gallardía y magnificencia de un edificio.

Estaban, pues, el padre y la hija en tan amena labor de sobremesa, cuando acertaron á entrar dos buenos amigos de la familia: el dependiente principal de la guantería de Barbado, paisano de D. Benigno, y que llamaban Pedro Pablo, cuarentón en conserva, de muy pulidas maneras y simpática estampa, y el director de un colegio católico, valenciano él, á quien decían don

Quico, y era un hombre ya machucho, bajitín y lampiño.

Y dijo Pedro Pablo desde la puerta:

—¿Matute tenemos? Esta casa me recuerda la caseta de consumos de mi pueblo.

—Con matrona y todo—respondió don Benigno;—adelante, señores, y tomen parte en el escrutinio, si gustan.

—Sí gustaría—dijo D. Quico—si no viniera derrengado de la caminata. Esta ciudad, amigo mío, crece y se estira cada día más que asusta.

—D. Quico, ¡por Dios!—exclamó Luisa.—¿Dejará de haber la misma distancia de su colegio de usted á esta su casa, que ayer y que siempre?

—Es que, señorita mía—rebatíó el profesor vivamente,—he venido por otro camino, y he hecho rodeos para el mejor servicio y gloria del amigo Landín.

—¡Ah! ya...

—Se agradece—dijo D. Benigno.—¿Y qué es ello?

—Ello es...

Había cogido una papeleta de la mesa y la saludaba con burlona risotada.

—¡Desatino mayor! Aquí tiene usted en esta sola palabreja tres barbaridades juntas: una etimológica, otra prosódica y otra ortográfica. ¿Lo ha advertido usted, Landín?

—¡Vaya! Y si la dilata usted un poquillo, como está contrahecha, sacará usted más todavía... Conque ¿qué es ello?

—Ello es...

Se sentó D. Quico en el sofá, y montó una piernecita sobre la otra; entretejió las manos, y con los dedos pulgares comenzó á hacer molinete. Era su costumbre: como el molino no trabaja sin mover las aspas, D. Quico no hablaba sin mover los pulgares.

—Ello es—repitió—que, al fin, le he echado la vista encima al editor, y he obtenido de él una proposición algo, algo aceptable.

—Sí—adelantó el desengañado autor,—que le dé mis *Granos* de balde, una cantidad redonda y sahumada, y además un jamón con chorreras.

—Eso quería, precisamente—dijo don Quico;—pero, ayudado por nuestro elocuente amigo Pedro Pablo, conseguí que renunciara al jamón y á la prima metálica, y aceptara la obra...

—¿De balde?—exclamó D. Benigno, descompuesto.—¡Eso nunca! ¡Ocho años largos de recoger granos y gorgojos para dárselos á esa fiera gratuitamente! Yo no trabajo para el obispo.

—No de balde—rectificó el otro, aumentando la velocidad de los dedos;—casi, casi... Mire usted, Landín: él imprime la obra por su cuenta, la cantidad de ejemplares que se convenga, y la lanza al mercado. Si hay ganancia, á partir la ganancia. ¿Que hay pérdidas? Pues, él carga solo con las pérdidas. No me parece tan mal. ¿Le parece á usted mal, Luisita?

Luisa, que hablaba con el dependiente, junto al balcón, contestó á escape:

—¿Qué ha de parecerme mal? En uno ú otro caso, la obra queda impresa y sin desembolso.

—¿Y mi labor de ocho años? ¿Quién me remunera mi labor de ocho años? Porque, aunque haya ganancia, que sí la habrá, siendo obra, como es, de las que pican y levantan ampollas, que el título solo ya es sinapismo; el diablo que encuentre la ganancia entre las uñas y las cuentas de ese carnívoro, devorador de mis ideas, de mis vigilias y de mis estudios.

—Así es la verdad—asintió D. Quico, parando de golpe el molino;—pero, si usted no acepta, se le queda la obra inédita y dela usted por no escrita.

—¡Y tanto! —murmuró tristemente Luisa.

Pedro Pablo emitió su opinión, marcando un movimiento de hombros bien significativo.

—Que no, que no—protestó D. Benigno, revolviéndose contra todos;—que vaya el tal á pescar gangas á otra parte, que á bragas enjutas no las pescará en mi casa. Antes quemaré la obra, antes... ¡Valiente explotador!

Los pulgares de D. Quico se agitaron, señal de que iba á hablar.

—Mire usted, Landín...

Y Pedro Pablo, en el balcón, decía á Luisa:

—¿Por qué no le convence usted? Una sola palabra suya bastaría para que aceptara gustoso lo que rechaza indignado.

—Lo sé, y precisamente por eso nada más quiero decir. Mi padre tiene razón, y sabe hasta qué punto no me parece mal la propuesta. Y convencida de que tiene razón, ¿cómo voy á convencerle de lo contrario?

El dependiente se calló. El contestar neto, firme, sin veladuras, de Luisa le confundía. ¿Qué imperio sobre él había adquirido y por qué medios misteriosos aquella mujer sin atractivo físico? Porque, sólo de oirla el claro metal de su voz, y ver aquella extraña lumbre que de sus ojos parecía salir, sentíase fascinado y hecho un tonto. Noche á noche venía, de mucho tiempo atrás, y en el balcón ó bajo el quinqué, á

su lado, abordaba todos los temas por el placer de escuchar el fallo de su buen sentido, tan certero y rápido como el golpe de una afilada y reluciente espada; todos los temas, menos aquel tan escondido que acariciaba en sus soledades de solterón, pensando que para casarse hay que buscar un alma y no una mujer. Pero, ¿quién se atrevía á hablar de amor á Luisita Landín? No lo consentiría ella; supondría burla y agravio en el honesto avance; expondría á la luz las viruelas de su cara, que no eran más que la máscara que ocultaba las rosas de su espíritu; repetiría lo que una vez inolvidable:

—Me agrada ser como soy, porque mi fealdad me asegura el respeto de los hombres. Del amor no conozco más que el de mi padre y el del trabajo, y libre me considero de conocer jamás otro. Soy fuerte; soy animosa. No necesito, pues, de que ningún hombre me lleve á cuestas.

Y Pedro Pablo se encogía delante de ella, temeroso de recibir el formidable tajo de su voluntad de acero.

—Digo que no, D. Quico, que no—in-sistió el porfiado D. Benigno.

—Muy buenas noches—saludó una vocecilla en la puerta.

Era el *Gavilancín*, que venía por su lección; un muchacho de más de doce años, de aire taimado y escurridiza mirada. Y á su voz se unió otra varonil y más dulce, no agría como la del chico, apareciendo detrás de él un gallardo joven que se inclinaba ante la reunión con marcada cortesía. Don Benigno, que lo vió, saltó aturdido de su asiento, invitándole á entrar:

—Pase usted, D. Hugo...

Y entró el joven Fiorelli, saludando en redondo y excusándose de molestar. Luisa le ofreció una silla muy gentilmente, y entretanto mandaba al *Gavilancín* que se estuviera quieto y esperase. Y así que todos se sentaron, pasado el carraspeo de embarazo, dijo D. Benigno:

—El honor de esta visita lo debo, sin duda, al encargo que su señor hermano de usted me ha confiado...

—Sí, señor—contestó el rubio *bambino*, que, si no hablaba correctamente el castellano, lo entendía bien como á él le hablaban despacio y con claridad.

D. Benigno se esponjó y sacó un hilo de voz campanudo y solemne para decir lo siguiente:

—Su señor hermano de usted me ha confiado el honroso encargo, que yo agradezco y acepto gustoso, de enseñarle á usted el castellano... ¡óigalo usted!, el castellano, puro y limpio, no el idioma nacional que aquí se estila. Si hablando usted la lengua que yo voy á enseñarle, no le entienden en su casa, no se llame usted á engaño; que yo no engaño á nadie, y aquí mi competentísimo amigo D. Quico sabe cómo las gasto sobre ese particular y lo intransigente que soy en la materia. No intransigencia ciega, rancia, de rutina. Porque yo, joven, y aquí verá usted la prueba, yo leí hace algún tiempo en cierta obra (1), nacional por más señas, este pá-

(1) *Promisión.*

rrafo que aprendí de memoria: «Poner en una caldera, al fuego lento de los años, un español, un francés, un inglés, un alemán, un ruso, un dinamarqués, un portugués, un italiano, un noruego, representantes todos de la raza caucásica...; de ahí saldrá el arquetipo del argentino futuro.» Y esto me pareció de perlas, tan exacto que no cabe más. Pero, si á mí me dicen, como no falta aquí quien lo sostenga, que revolviendo en una sartén palabras españolas, francesas, italianas, inglesas, portuguesas y alemanas se formará el idioma nacional, la lengua argentina del porvenir, protesto, me indigno y digo á gritos que no; y gritando me pasaré lo que me resta de vida: que no, que de ese revoltijo no resultará más que un pisto detestable, y que el día que la Argentina, que la América española pierda su cuño castizo, el timbre preclaro de su origen glorioso, perderá su apellido, aquello que toda familia, por modesta que sea, trata de conservar siempre á través de todas las vicisitudes. Éste, éste es

el peligro que yo veo cernirse sobre esta hermosa tierra... Ya sé, D. Quico, ya sé el argumento con que responden los neólogos de chicha y nabo: que así como del latín, mezclado á otras extrañas, se formaron las lenguas romances, del castellano adulterado saldrán las nuevas lenguas americanas. ¿Por qué? ¿Para qué? ¿Se trata acaso de países distintos entre sí, con lengua propia, como los sometidos á Roma, ó de ramas de un mismo tronco? Pues, si de un mismo tronco proceden, hoy que en el concierto universal procuran todos entenderse, ¿por qué levantar una barrera tal como la del idioma? ¿No es mejor cuidar de que no se adultere, de no mancharle, siendo hermoso y expresivo más que ninguno? Y no que yo me oponga á la admisión de voces nuevas, necesarias, porque señalan cosas que en nuestra España no existen ni se conocen, ó porque resuciten palabras muertas del tiempo de la Conquista. No. En este sentido, mi manga es muy ancha. Yo no predico el estacionamiento, la cristalización.

Lo que yo predico es la higiene del lenguaje. Contra lo que yo peleo es contra los atentados á la Gramática, contra la invasión de bárbaros en nuestro Diccionario... Temo seguir, porque usted, joven, me parece que no entiende bien cuanto digo, y estos señores se aburren de escuchar lo que cien veces me han oído.

Hugo, que rastreando iba con esfuerzo el sentido del discursillo, manifestó á su modo que todo lo había entendido y en todo estaba conforme.

—Pues, en ese caso—repuso el profesor,—quedo á sus órdenes, y comenzaremos mañana nuestra tarea.

Encaróse, al mismo tiempo, con su vecino para recibir su aprobación.

—¿Qué dice usted? ¿Es verdad ó no es verdad?

D. Quico movió los dedos, sacando del armario de sus lecturas esta frase polvorienta:

—El idioma es el alma de una nación.

—¡Claro! ¡el alma!—exclamó D. Benig-

no engolfándose en el tema de su manía, y dispuesto ya á no soltarlo;—y si es el alma, ¿cómo consentir y hasta aprobar que sea contrahecho por la ignorancia? Y si es la esencia misma de vida, ¿cómo dejar que lo lleven y lo traigan, que lo arrastren y manoseen, y á la postre lo afeen y desfiguren de tan mala manera que no lo conozca la España que lo inventó? Porque yo apuesto, amigos, que si á nuestra tierra llevamos el *vení*, el *tomá*, el *andá*, y *sentate*, y *callate* y *salí*, pretendiendo hacerlos pasar por ven, toma, anda, siéntate, cállate y sal, de salir, no pasa, no pasa menos que un duro falso. Tampoco el *vos* por el tú, ni el recién, ese desdichado adverbio de tiempo, separado de su inseparable participio, y que, como bola sin manija, anda dando tumbos por las parrafadas de casi todos los escritores argentinos, disfrazado con el traje de su pariente *recientemente*, y forzado á ir de bracero con el por sí solo expresivo y suficiente para el sentido de la frase *ahora* ó *entonces*, que es poner albarda sobre al-

barda, pues todo es dar puntadas. Y cuidado que esto que aquí reluce no son más que los idiotismos, más ó menos censurables; que los neologismos y galicismos y demás patulea adulterina, ya es harina de otro costal.

Se levantó bruscamente, y fué hasta la librería que servía de pedestal á Ruiz Zorrilla; abrió un cajón, buscó, revolvió y sacó de entre muchos legajos de papeles uno bastante rollizo, y con él volvió triunfante á su asiento. Y poniéndolo en alto, como hacía con la Gramática cuando subrayar quería un argumento de peso, añadió, creciendo en fogoso entusiasmo:

—Esto, joven, que usted ve en mi mano, y que parece un simple rollo de papel, no es un simple rollo de papel: es el fruto maduro de estudios y vigiliass que me han dejado calvo, y dicen mis enemigos, que todo sabio ó todo justo los tiene, que también chiflado. Sea; acepto el calificativo, si la chifladura estriba en la fe ardiente de mi empresa. Y mi empresa es ésta, joven,

aunque usted ya lo habrá adivinado: salir por los campos de la filología, y arremeter contra los que atentar pretenden á la castidad de esa doncella purísima de mis amores, que se llama la lengua castellana. Esta es mi empresa y éstas son mis armas, las que, por cierto, mi mal amigo aquí presente, D. Quico, quiere echar á los cerdos; que echar á los cerdos es dar á ese editor, que Dios confunda, en la forma propuesta, esta margarita de mis pensamientos.

—Protesto—saltó el rasurado personaje;—que en mi intención no hay agravio, ni el oficio de embajador fué nunca culpado de lo que canten sus instrucciones. El editor propone, usted dispone y yo trato de poner de acuerdo á los dos. Ni menos, ni más. Mas, sí señor, D. Benigno, que yo me inclino de su lado de usted, como es natural.

—¡Ah! D. Quico, ¡amigo de veinte años! ¿Reñimos ó no? Porque yo estoy dispuesto á reñir con todo aquel que no

me preste su concurso en esta empresa de patriotismo, que evitará el peligro inminente que vislumbro en mi alarma de castellano viejo. Quiten allá todos los que defienden y disculpan estas tendencias suicidas á la corrupción del idioma; que el día que cada República de éstas se acercara á su Madre á hablarla en una jerga distinta, ése, ése y no antes, será el día que España habrá dejado de vivir en América!

Abandonó el brazo, y brazo y rollo, á lo largo del cuerpo tembloroso, quedaron inertes. D. Quico mantuvo quietos sus dedos, Pedro Pablo miró á Luisa y Luisa al doncel, que, por no entender gran cosa, miraba con curiosidad á todos.

El silencio propio de la meditación se enseñoreó durante algunos minutos de la simpática asamblea, y por romperle, intervino Luisita preguntando al joven visitante qué tal le parecía la gran capital, y si se divertía mucho, con otras preguntas discretas que le sacaron de su cortedad y dieron pie á que expusiera pintorescamente su

pensar, muy agudo por cierto. Cada vez que se le escapaba un disparate de los que D. Benigno tenía encarcelados en su penitenciaría lingüística, se detenía, y pasando confuso la mano por los dorados ricillos, interpelaba:

—¿Se dice así?

Ya D. Benigno, ya D. Quico, ya la misma Luisa respondían:

—No, no se dice así...

Y repetían la frase ó la palabra correctamente y con propiedad, como manda y enseña nuestra madre la Gramática, cuyo ejemplar alzaba D. Benigno, reverente, añadiendo:

—Para los terminachos italianos le doy á usted la absolución... Para los demás, duro y tente tieso.

Tropiezo va, tropiezo viene, contó el joven muchas cosas de su tierra; cuán grande era su deseo de venir; su sorpresa al encontrar á su hermano casado; la admiración que le causaba la ciudad, un *Parigi*, un *vero Parigi*, que aunque él no había

vistó á *Parigi* más que en fotografías, aun así era fácil establecer la comparación.

—Se dice París—apuntó Landín, súbitamente preocupado con algo que de oír acababa.

—Y no se dice *vero*, sino verdadero—apuntó también Luisa, risueña.

Los palmetazos se sucedían, recibiendo los él con tanto gusto como reconocimiento. En esto el cuco anunció que eran las diez y media, y dando D. Quico el ejemplo, todos se levantaron para marcharse. Dijo D. Benigno que él les acompañaría, pues deseaba andar un poco, que la noche parecía deliciosa; y juntos salieron todos, Pedro Pablo el último, después de estrechar, más fuerte que todos, la mano de Luisa, mano de amiga, que respondía á su presión con la franqueza del que nada teme ni disimula; no mano amorosa, que tiembla y se escurre tímida.

Era la escalerilla estrecha, y la bajaron uno detrás de otro discutiendo cortésmente acerca del paso, que, al fin, hubo de to-

mar D. Quico. Y entretanto, Luisa se sentaba delante de la mesa, hacía sentar á su lado al *Gavilancín*, quieto en el rincón donde lo pusieron, y daba comienzo á su obra de misericordia, diciendo:

—A ver esa lección. ¿Has estudiado?

Por lo general, la cabezota se inclinaba sobre el pecho, confesando estar tan vacía como la noche anterior. ¡Ah! ¡Borrícote, más perezoso...! Y Luisa se absorbía en el taraceado, diré, de aquella inteligencia, embutiendo las ideas en la dura corteza con paciente insistencia, puesta toda su alma en la tarea; á fuerza de lógica, con ejemplos fáciles, martilleaba, introducía, y cuando la variada ensambladura parecía ya justa, respiraba alegre:

—¡Vames, hombre! Al fin, has comprendido, ¿verdad? Seguramente que no se te olvidará.

Pasaba así media hora, sin fatiga. Aquella noche pasó más, y cuando el chicarrón, rascándose la nuca, se despidió, eran sobre las once y cuarto. Entonces se asomó al bal-

cón... Las plantas del patio, el desaliñado jardincillo de misia Eustaquia, en que dos generaciones de Gavilanes se habían recreado; las rosas, los jazmines, los azahares, los claveles, sahumábanlo muy gratamente desde sus vulgares recipientes, quién dentro de una vasija desportillada, el otro en abollado cubo, aquél en una lata de pimientos, los más en pipas aserradas por el medio, mescolanza de prosa y poesía, de fantasía y realidad. No parecerá que el cuadro está completo, si con la joven que sueña en el balcón del jardín, aunque éste sea tal y como la verdad fuerza á pintar el de la Gavilana, no pongo á la blanca luna bañándola toda entera en su argentada luz, y no digo que en el patio y en la casa reinaba misterioso silencio, interrumpido (el silencio no es continuo, ¡ay!, sino en la muerte), interrumpido por el cantar de algún grillo ó de algún perro el ladrar.

En cuanto á la luna, sí, arriba se estaba tan oronda, aunque no blanca, sino amarilla; pero, en punto á silencio, ¡ay!, buen

silencio nos dé Dios con la zurra que, en aquel momento y por el gusto de echarnos á perder el cuadro, daba la tía Eustaquia al sobrino con unos vergajos, y así eran los gritos ¡y así debían de ser los cardenales!

La verdad también me obliga á manifestar que, fuera grande el silencio como la situación lo exige, la joven del balcón, cuya negra silueta se envolvía en el dorado manto de la luna, no soñaba, ni mucho menos. Luisa no soñaba nunca, no había soñado nunca.

Su imaginación, bien equilibrada, si tenía alas para volar, no gustaba de alejarse demasiado de la superficie de las cosas; si llegaba á elevarse, era para observarlas desde arriba y juzgarlas con mayor acierto. No pensaba, pues, como parece que debía pensar, en Pedro Pablo; en su amor, no por escondido menos adivinado; en su mirar suplicante, en la presión de su mano pedigüña; en el tiempo que llevaba de espera, sin más distracción que el paseo desde la guantería de la calle Florida hasta la

casita de Entre Ríos, siempre por el mismo camino, siempre con la misma esperanza, y desde la casita hasta la guantería, siempre por el mismo camino, siempre con el mismo desengaño. ¡Ah! Ciertamente. Luisa no pensaba en Pedro Pablo. ¿Qué había de pensar? Su cuerpo débil, su figurilla desairada, su cara afrentada por las viruelas y su alma grande, valiente, indómita, no estaban hechos para el amor; ni para inspirarlo ni para sufrir su dominación.

En manos de la hormiguita, el divino niño de seguro que sale estropeado ó maltrecho. La pasividad era para ella algo vergonzoso, indigno. La lucha, el trabajo, los triunfos y las derrotas de cada día, la conciencia de sí misma, la tranquilidad en el porvenir, todo lo que se quiere que sea patrimonio del hombre, en ella alentaba con fuerza... iba á decir masculina. ¿Por qué este adjetivo ha de salir á los puntos de la pluma cada vez que la inteligencia ó la energía sobrepasan el límite en que á la

mujer se ha encerrado? ¿No es hacernos un excesivo favor á los hombres?

No comprendía, pues, Luisa el suspirar de Pedro Pablo, ni podía comprenderlo. Cuando le entraba el arrebató de tontería, la entraba á ella risa, y riendo le habría contestado lo que él, con razón, temía que le contestase. Pero, cuando hablaban los dos, como dos camaradas, de sus laboriosas correrías, del pan tan bien ganado, sentíase orgullosa, contenta de mostrar que no necesitaba ayuda de hombre; aún muerto, por desgracia, su padre, no sería ella la huérfana afligida que implora protección de los corazones sensibles. Con mayor valor se lanzaría al combate y vencería, vencería, sola, independiente.

Véase por qué no comprendiendo ni sintiendo el amor, Luisa no soñaba á la luz de la luna. Tomaba el fresco, sencillamente. Mas, como nunca estaba ociosa, pensaba en cosas prácticas, elaboraba sus planes de batalla, sacaba sus cuentas número por número... Por ejemplo: aquel mes de Oc-

tubre, á pesar de las nuevas lecciones, no llegaría con holgura al último día, y era preciso buscar los medios de hacerle llegar, de cualquier manera. Tenía ya recordados la mar de anuncios de institutriz, de lecciones sueltas, y acababa de poner dos ofreciéndolas de labores. Al día siguiente, había de recorrer la ciudad entera, con grave perjuicio de sus botas, que ya estaban de reemplazo, como el levitín de su padre y el sombrero. Pero, señor, á todo no se puede acudir.

¡Ah! ¡El día que comprara el colegio de D. Quico! Porque éste era su gran proyecto, el norte de su ambición febril. Comprar el colegio de D. Quico, instalarlo según las reglas de la higiene, ampliarlo para niños y niñas, dotarlo de cuanto exige la enseñanza en todos sus grados, y puestos al frente D. Benigno y ella, hacerlo funcionar como preciosa máquina nueva. He dicho que Luisa no soñaba, que no había soñado nunca. Dentro del carril de la realidad, sí, y no era desvarío soñar en hacer suyo el

colegio de D. Quico, ni aspiración desatinada. Vida sin ambición, trabajo sin esperanza de mejorar, ¿qué valen? Luisa y D. Benigno guardaban (nada pierden con descubrir el secreto), guardaban sus ahorrillos para comprar el colegio de D. Quico, y en un año más, ó poco menos, contaban con realizarlo. Entonces se cambiaría el levitín y el sombrero, y cuanto fuera menester, hasta el aperreado callejeo por el tranquilo desgranar de los días sin zozobra. Entonces podría decir al amor la hormiga, como á la cigarra:

— Baile usted ahora, amiguito.

Pedro Pablo desistiría seguramente de sus pretensiones, resignado á no ser más que el camarada de aquella obrera maravillosa, que de su propia debilidad sacaba su fuerza. El mundo es de los fuertes y para los fuertes.

Verdad tan amarga, en aquel momento era lastimosamente comprobada por el pobre *Gavilancín* en sus desnudas y sangrientas posaderas, bajo la diestra brutal de mi-

sia Eustaquia. Arreciaban sus alaridos, y Luisa, compasiva, suplicó desde el balcón:

—Misia Eustaquia, ¡perdónelo usted!

—¡Perdonarlo!—resolló adentro airada voz.—¿Sabe usted lo que ha hecho?

¡Lo que había hecho! Cosas de chicos. Tirando de él, lo sacó á rastras la furia, y para explicar los motivos del vapuleo, alzó hacia el balcón los nervudos brazos y la basta caraza de mulata, contraída por la cólera y la fatiga de la cruenta lucha.

Plácidamente, Luisa se reía. ¡Bah! Cosas de chicos.

Y aplacado el tumulto, hechas las paces los combatientes, mientras gradualmente se apagaban los rumores de la calle, la hormiguita tornaba á su práctico cavilar, insensible á la romántica solicitud de la luna y de las flores...

III

Con mucho ahinco seguía Huguito Fiorelli las lecciones de D. Benigno, y así adelantaba, según orgulloso testimonio del maestro, tanto por su inteligencia, como por su aplicación. No faltaba nunca á la calle de Entre Ríos, y cuidado que á aquella hora le solicitaban con imperio las aventuras nocherniegas de Marquitos, su guía y compañía en los infernales laberintos del *Parigi* americano; pero, no vaya á creerse que su virtud llegaba hasta el punto heroico de dejar solo á Marquitos, sino que combinaba las horas de modo de no perder la clase y la ocasión de divertirse.

Menos gracia, sin embargo, haciale la

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO